

Todo lo que antecede a olvidar. No puedo mucho a la vez. Esto da tiempo de anotar a la pluma. No la veo pero la oigo allá detrás de mí. Es decir el silencio. Cuando la pluma para yo sigo. A veces rehúsa. Cuando rehúsa yo sigo. Demasiado silencio no puedo. O es mi voz muy débil a veces. La que surge de mí. Eso en cuanto al arte y el estilo.

Hacía todo lo que él deseaba. Yo también lo deseaba. Por él. Siempre que deseaba algo yo también. (Por él). No tenía más que decir qué cosa. Cuando él no deseaba nada yo tampoco. Tanto es así que sin deseos no vivía. Si él hubiera deseado algo para mí yo lo habría deseado también. La felicidad por ejemplo. O la gloria. Yo no tenía más deseos que los que él manifestaba. Pero él debía manifestarlos todos. Todos sus deseos y necesidades. Cuando se callaba debía ser como yo. Cuando me decía que le chupara el pene me lanzaba encima. Me daba satisfacción. Debíamos tener las mismas satisfacciones. Las mismas necesidades y las mismas satisfacciones.

Un día me dijo que le dejara. Es el verbo que empleó. No debía quedarle mucho tiempo de vida. No sé si al decir eso se refería a abandonarle o a separarme de su lado un instante. No me hice la pregunta. Nunca me hice otras preguntas que las suyas. Fuera lo que fuera me largué sin volver la cabeza. Alejada del alcance de su voz estaba fuera de su vida. A lo mejor era eso lo que quería. Hay cosas que se ven sin preguntarlas. No debía quedarle mucho tiempo de vida. Yo en cambio tenía todavía para rato. Yo era de una generación completamente distinta. No duró mucho. Ahora que penetro en la noche tengo como fulgores en el cráneo. Tierra ingrata pero no del todo. Dadas tres o cuatro vidas yo hubiera podido llegar a algo.

Debía yo tener unos seis años cuando me cogió de la mano. Apenas salía de la infancia. Pero no tardé mucho en salir del todo. Era la mano izquierda. Estar a la derecha era algo que él no podía aguantar. Avanzábamos juntos las manos enlazadas. Un par de guantes nos bastaban. Las manos libres o exteriores colgaban desnudas. No le gustaba sentir una piel extraña junto a su piel. Las mucosas es distinto. Aun así a veces se quitaba el guante. Entonces yo tenía que quitarme el mío. Así andábamos unos cien metros las extremidades desnudas en contacto. Pocas veces más. Aquello le bastaba. Si se me hiciera la pregunta contestaría que las manos desparejadas no están formadas para la intimidad. La mía nunca encontró su sitio en la suya. A veces se soltaban. El apretón cedía y caían cada una por su lado. Largos minutos generalmente antes de que volvieran a cogerse. Antes de que la suya cogiera la mía de nuevo.

Eran guantes de hilo bastante ajustados. En lugar de desvanecer las formas las ensalzaban simplificándolas. Naturalmente el mío estuvo demasiado flojo durante

años. Pero no tardé en llenarlo. Decía que mis manos eran de Acuario. Es una casa del cielo.

Todo lo que conozco me viene de él. Esto no lo voy a repetir cada vez que salga a relucir alguno de mis conocimientos. El arte de combinar o combinatorio no es culpa mía. Es un castigo del cielo. Por lo demás diré que no es culpable.

Nuestro encuentro. A pesar de estar ya muy encorvado a mí me parecía un gigante. Al final su torso era paralelo a la tierra. Para contrarrestar esta anomalía separaba las piernas y doblaba sus rodillas. Sus pies cada vez más planos se volvían hacia fuera. Su horizonte se limitaba al mismo suelo que pisaba. Minúsculo tapiz móvil de césped y flores aplastadas. Me daba la mano como un enorme mono cansado levantando el codo lo más posible. Yo no tenía más que incorporarme para sobrepasarle por tres cabezas y media. Un día se detuvo y me explicó buscando las palabras que la anatomía es un todo.

Al principio siempre hablaba caminando. Me parece.

Luego lo hizo unas veces caminando y otras parado. Al final sólo parado. Y con una voz cada vez más baja. Para evitarle tener que decir la misma cosa dos veces debía inclinarme profundamente. Se paraba y esperaba a que yo adoptara la postura. En cuanto veía por el rabillo del ojo que mi cabeza estaba al lado de la suya empezaba sus murmullos. Nueve de cada diez veces no me concernían. Pero él quería que se lo oyera todo incluso las jaculatorias y trozos de padrenuestros que lanzaba sobre el suelo florido.

O sea que se paró y esperó que mi cabeza llegara antes de decirme que lo dejara. Desenlacé prontamente mi mano y me largué sin mirar atrás. Dos pasos y ya él me había perdido para siempre. Nos habíamos escindido si eso era lo que quería.

Rara vez hablaba de geodesia. Pero debemos haber recorrido varias veces el equivalente del ecuador terrestre. A razón de cinco kilómetros más o menos por día y noche de media. Nos refugiábamos en la aritmética. ¡Cuántos cálculos mentales efectuados de común acuerdo doblados por la cintura! Elevábamos a la tercera potencia números ternarios completos a veces bajo una lluvia torrencial. Bien o mal grabándose progresivamente en su memoria los cubos se acumulaban. En vistas a la operación inversa en un estadio ulterior. Cuando el tiempo habría hecho su obra.

Si se me hiciera la pregunta en los términos adecuados diría que sí en efecto el fin de este largo paseo fue mi vida. Digamos que los once mil kilómetros más o menos. Contando desde el día en que por primera vez me soltó una palabra sobre su enfermedad diciendo que a él le parecía que ya había alcanzado su punto crítico. El futuro le dio la razón. Por lo menos aquel del que íbamos a hacer pasado común.

Veo las flores a mis pies y son las otras las que veo. Aquéllas que hollábamos al paso. Son por otra parte las mismas.

Contrariamente a lo que durante mucho tiempo me divirtió pensar él no era ciego. Sólo perezoso. Un día se detuvo y buscando las palabras describió su visión. Concluyó diciendo que le daba la impresión de que ya no empeoraría. No sé hasta qué punto se hacía ilusiones. No me hice la pregunta. Cuando me incliné para recibir la comunicación entreví bizqueando en mi dirección un ojo azul y rosado aparentemente impresionado.

A veces se detenía sin decir nada. No sé si porque finalmente no tenía nada que decir o porque aun teniendo algo que decir finalmente renunciaba. Como siempre yo me inclinaba para que él no tuviera que repetir y así nos quedábamos. Dobladitos por la cintura las cabezas pegadas, mudos, las manos enlazadas. Mientras que a nuestro alrededor los minutos se sumaban a los minutos. Tarde o temprano su pie se separaba de las flores y nos poníamos en marcha. Quizá tan sólo para pararnos de nuevo al cabo de algunos pasos. Para que dijera por fin lo que tenía en su corazón o renunciara nuevamente.

Otros ejemplos importantes se manifiestan en el espíritu. Comunicación continua inmediata con salida inmediata. Lo mismo con salida retardada. Comunicación continua retardada con salida inmediata. Lo mismo con salida retardada. Comunicación discontinua inmediata con salida inmediata. Lo mismo con salida retardada. Comunicación discontinua retardada con salida inmediata. Lo mismo con salida retardada.

O sea que es entonces cuando he vivido o nunca. Diez años como poco. Desde el día en que habiendo paseado largamente sobre sus ruinas sagradas el dorso de la mano izquierda lanzó su pronóstico. Hasta el día de mi supuesta desgracia. Sigo viendo el lugar a un paso de la cima. Dos pasos adelante y ya estaba bajando por la otra vertiente. Volviéndome no lo hubiera visto.

A él le gustaba trepar y por tanto a mí también. Exigía las pendientes más inclinadas. Su cuerpo humano se descomponía en dos segmentos iguales. Eso gracias a la flexión de las rodillas que disminuía el inferior. En una cuesta del cincuenta por ciento su cabeza rozaba el suelo. No sé por qué le gustaba. Por amor a la tierra y a los mil perfumes y matices de las flores. O más vulgarmente por imperativos de orden anatómico. Nunca planteó la cuestión. Alcanzada la cima ya había que descender.

Para poder gozar del cielo de vez en cuando se ayudaba de un espejito redondo. Después de velarlo con su aliento y frotarlo contra el muslo buscaba las constelaciones. ¡Ya la tengo! gritaba refiriéndose a la Lira o al Cisne. Y muy a menudo añadía que el cielo estaba como siempre.

No estábamos en la montaña de todos modos. A veces yo intuía en el horizonte un mar cuyo nivel me parecía superior al nuestro. ¿Sería el fondo de algún enorme lago evaporado o desaguado por la base? No me hice la pregunta.

(Todos estos conceptos son suyos. Yo no hago más que combinarlos a mi modo. Dadas cuatro o cinco vidas como ésta yo hubiera podido dejar un rastro).

El hecho es que aparecían con bastante frecuencia esa especie de panes de azúcar que tenían un centenar de metros de altura. Levantaba contrariadamente mis ojos y veía el próximo a veces en el horizonte. O en lugar de alejarnos del que acabábamos de descender lo escalábamos de nuevo.

Hablo de nuestro último decenio comprendido entre los dos acontecimientos que ya he dicho. Oculta los anteriores que han debido parecerse como hermanos. Es a aquellos años engullidos a los que razonablemente hay que culpar de mi educación. Porque no recuerdo haber aprendido nada en éstos que recuerdo. Es con este razonamiento con el que me calmo cuando me paraliza mi sabiduría.

He situado mi desgracia muy cerca de una cima. Sin embargo fue en la planicie y en una gran calma. Si me hubiera vuelto le hubiera visto en el mismo lugar donde lo dejé. Una nadería me habría hecho comprender mi error si es que había habido error. En los años que siguieron no excluí la posibilidad de volver a encontrarlo. En el mismo lugar donde lo dejé o en otro. O de oír que me llamaba. Al mismo tiempo me decía a mí misma que ya no le quedaba mucho tiempo de vida. Pero no contaba demasiado con ello. Porque yo apenas levantaba los ojos de las flores. Y él ya no tenía voz. Y como si esto no fuera suficiente yo seguía repitiéndome que ya no le quedaba mucho tiempo de vida. De modo que no tardé mucho en no contar con ello para nada.

Ya no sé el clima que hace. Pero durante mi vida era de una dulzura eterna. Como si la tierra se hubiera dormido en primavera. Estoy hablando de mi hemisferio. Lluvias pesadas perpendiculares y breves nos caían de improviso. Sin sensible oscurecimiento del cielo. Yo no hubiese notado la falta de viento si él no hubiera hablado de ello. Del viento que ya no había. De las tormentas que había capeado. En honor a la verdad hay que decir que poco hubieran podido arrastrar. Las mismas flores estaban sin tallo y pegadas al suelo a modo de nenúfares. Ni soñar con que brillaran en el ojal.

No contábamos los días. Si llego a diez años es gracias a nuestro podómetro. Recorrido final dividido por recorrido medio diario. Tantos días. Dividir. Tal cifra la víspera del día del sacrum. Tal otra la víspera de mi desgracia. Media diaria siempre al día. Restar. Dividir.

La noche. Larga como el día en este equinoccio sin fin. Cae y continuamos. Antes del alba ya nos hemos ido.

Postura de descanso. Plegados en tres encajados uno en otro. Segundo ángulo recto en las rodillas. Yo en el interior. Cuando mostraba deseo cambiábamos de flanco como un solo hombre. Lo noto de noche contra mí con toda su retorcida largura. Más que de dormir se trataba de tumbarse. Porque caminábamos en una semisomnolencia. Me sostenía con la mano superior y tocaba donde quería. Hasta cierto punto. La otra estaba enredada en mis cabellos. Hablaba en voz baja de cosas que para él ya no eran y para mí no habían podido ser. El viento en los tallos aéreos. La sombra y el abrigo de los bosques.

No era hablador. Una media de cien palabras por día y noche. Escalonadas. No más de un millón en total. Muchas repetidas. Eyaculaciones. Para rozar apenas la materia. ¿Qué sé yo del destino de los hombres? (No me hice la pregunta). Sé más acerca de los rábanos. Esos sí que le gustaban. Si viera uno lo nombraría sin ninguna duda.

Vivíamos de flores. Eso en cuanto al sustento. Se paraba y sin necesidad de inclinarse cogía un puñado de corolas. Luego volvía a ponerse en marcha masticando. En general ejercían una acción calmante. Estábamos totalmente calmados en general. Cada vez más. Todo lo estaba. Este concepto de calma me viene de él. Sin él yo no lo tendría. Voy ahora a borrarlo todo menos las flores. No más lluvias. No más pezones. Nada sino nosotros dos arrastrándonos por las flores. Bastante mis viejos senos sienten su vieja mano.